

El sol se había ocultado detrás de las colinas que cerraban el valle como un abrazo de piedra. Un valle desprovisto de vegetación en sus cumbres, salvo grupos aislados de cipreses cuyos contornos, en el ocaso, iban cobrando a ojos del viajero, perfiles de irrealidad. El cielo se tiñó de rojo por unos minutos, luego de malvas, luego de negro. El mundo, más allá del bosque por el que transitaba hacía horas, se esfumó.

En el lecho del valle, el bosque se eternizaba lúgubre. Las sombras de los árboles se cernieron sobre el camino y el viajero sintió con desagrado como el sentido de la vista, inútil en aquellas circunstancias, parecía adormecerse mientras que el oído se aguzaba, expectante.

Cantó un búho. El caminante se giró. A su espalda, la vegetación parecía engullir el sendero y además, recordó, la última aldea por la que transitase quedaba a bastantes kilómetros. Demasiados para recorrerlos en busca de refugio. Apenas distinguía sus pies en el lecho de hojas podridas donde un tacto viscoso que no se atrevió a investigar se deslizaba de tanto en tanto entre sus botas.

Algo le rozó la cara arrancándole un alarido que el eco multiplicó de árbol en árbol. Los habitantes del bosque parecieron quejarse entonces por la presencia del intruso. Aquello que se deslizaba por el limo, a sus pies, zigzageó con violencia. Al caminante le pareció distinguir en la oscuridad pares de ojos indignados, e incluso las ramas próximas lanzaban trallazos junto a su cabeza.

Echó a correr, con el rumor creciente a sus espaldas, trastabillando cada pocos pasos, hasta que, tras un recodo, le pareció vislumbrar luces en alguna parte de la nada.

Apresuró su carrera, cayendo al suelo e incorporándose a cada poco.

Pero las luces eran ciertas, y no fruto de su imaginación sumida en el pánico. Cada vez las observaba más próximas y definidas. Luces rectangulares, luces humanas.

Finalmente dio con la cabaña. Una construcción de piedra y madera plantada en un diminuto claro del bosque, una alfombra de césped segado que le resultó tan acogedor como la más mullida de las alfombras.

Desde la chimenea, volutas de humo ascendían enredándose en las copas de los árboles próximos, cuyas hojas reflejaban de manera mortecina la luz fugada a través de los ventanales.

Un búho cantó de nuevo y el viajero se abalanzó sobre la puerta, con los nervios deshechos.

Abrió una joven de larga melena rubia y ojos verdes, que le sonreía invitándole.

Vaharadas de pan y guiso caliente surgiendo del interior levantaron su ánimo aunque no tanto como la belleza de su anfitriona ante cuya presencia al viajero le pareció que callaban los malos espíritus del bosque que se habían divertido torturándole.

- Le agradezco...

Con un gesto, la muchacha le indicó que tomara asiento junto al hogar mientras ella colocaba sobre un mantel bordado tres cubiertos, una frasca de vino y un búcaro con flores.

El tercer cubierto le dio que pensar al caminante. En buena lógica aquella mujer no viviría sola en aquel andurrial tan aislado. Probablemente algún hombre –tendría que tratarse de un hombre- no tardaría en aparecer, se dijo. La idea le provocó un sabor agrisado. Era tan bella pero, a la vez, tan utópica la posibilidad de que él hubiera hallado, donde menos cabía esperarlo, lo que tantos años llevaba buscando... Sí; su hombre estaría al llegar. ¡Una lástima!

Mientras ella se afanaba sobre el puchero, el caminante trató de desviar sus pensamientos para no dañarse más de lo necesario. Admiró los visillos de encaje, los reflejos de pulcritud en las perolas colgadas sobre la chimenea, el aseo de cada esquina, el suelo impecable. En una jaula, dos periquitos azules trinaban una melodía preciosa.

- Tiene una casa muy agradable –comentó recordando sus temores en el sendero, que a cada minuto bajo techo le parecían más ridículos.

Ella volvió a sonreír.

Pero no dijo nada.

El viajero escuchó entonces pasos sobre su cabeza. Unos pies pequeños, cintura estrecha y ojos tan negros como el cabello que flanqueaba unos hombros pálidos, descendieron por la escalera adosada a una de las paredes. La presencia de la segunda mujer le anonadó. Fue a ponerse en pie pero ella le indicó con la mano que permaneciera sentado.

Cenaron en silencio, sólo alterado por el trajín de las cucharas en las escudillas. Podían escuchar incluso como los periquitos masticaban su alpiste entre sorbos de agua.

- La sopa es excelente.

Ellas le envolvieron con miradas cálidas. Luego se miraron entre ellas.

Pero no dijeron nada.

El silencio comenzó a incomodarle, le resultaba una incongruencia en una escena que, con algo de ruido, le resultaría aún más acogedora.

Lo intentó de nuevo.

- Perdonarán el atrevimiento, pero me es difícil comprender que hacen dos mujeres, solas a lo que veo, en el corazón de este bosque que... en fin –exageró su carcajada-, me ha puesto los pelos de punta.

Ellas también rieron, con el gesto, con la comisuras, pero de sus bocas no salió sonido alguno.

No dijeron nada.

A los postres, la morena se perdió en lo alto de la escalera y bajó enseguida con un álbum de fotografías. Lo abrió frente a él. Ambas muchachas aproximaron sus sillas, cercándole.

Se sintió excitado. Casi podía rozarlas y, sin embargo, le sorprendió que no despidieran aroma alguno. Ni a lavanda, ni a sudor, a carne limpia o a carne sucia. A ningún olor de los que él conocía.

Al pasar página, la mano de la joven rubia rozó la suya. No sintió frío, ni calor, como si aquellos dedos fueran transparentes.

Su inquietud fue en aumento, pero las brasas crepitaban en el hogar, los periquitos trinaban y los rostros de aquellas mujeres eran definitivamente hermosos.

Por el contrario, tras la ventana sólo había negritud y el ulular del viento en las ramas invisibles.

Intentó disipar sus temores mientras continuaban hojeando el álbum. Fotos en blanco y negro. Un sujeto grande con un búho posado sobre el hombro, una mujer de facciones dulces, dos niñas, una morena, otra rubia, la cabaña y más al fondo, el bosque, un bosque –le pareció al viajero al observar la instantánea- más joven, menos tupido y amenazante que el que ahora les cernía.

- ¿Sus padres? –preguntó, suponiendo la respuesta.

Los rostros de ellas asintieron volviendo a mirarse entre ellas.

Pero no dijeron nada.

Fuera cantó el búho. Esta vez, muy cerca. Los periquitos miraron hacia la ventana, el caminante se apercebó de ello con un sobresalto irracional, pero las mujeres parecían no darle importancia y continuaron mostrándole más fotografías. A medida que las páginas pasaban y al hombre del búho se le iba encorvando la espalda, que las arrugas carcomían el rostro de la mujer y que las formas se redondeaban en el cuerpo de las muchachas, el bosque le fue pareciendo más y más viejo, las ramas más espesas, los troncos más enormes y decrepitos.

Cuando cerraron el álbum, a la morena se le escapó un bostezo. El viajero se sentía abrumado de cansancio y la rubia le acompañó escalera arriba, hasta el desván. Avanzaron por un pasillo al que se abrían dos habitaciones. Le introdujo en la segunda, cama de matrimonio con sábanas floreadas, aguamanil, armario, bacina y ventana abierta al bosque. Un conjunto encantador a la luz de las velas.

- No quisiera ser una molestia...

La mujer se llevó el índice a los labios.

Pero no dijo nada.

Le despertó un rumor en el pasillo. La ventana le observaba como un ojo ciego.

En ese momento, el caminante escuchó abrirse la puerta de la cabaña.

Se acercó lentamente a la ventana y tuvo que agarrarse al alfeizar para no caer desmayado; las dos mujeres se adentraban en el sendero. No llevaban linterna alguna y, sin embargo eran perfectamente visibles, como luciérnagas con silueta humana. La luz, una luz que oscilaba del azul al amarillo, emanaba de sus cuerpos, trazaba sus perfiles con precisión sobrenatural contra el fondo negro.

De repente, de la oscuridad caótica, surgieron tres formas. Tres nuevas luciérnagas. Dos de ellas, se deslizaban a escasos centímetros del césped, sin que sus pies llegaran a rozarlo. La tercera sobrevolaba sobre sus cabezas.

Una vez reunidas, las cinco cosas se giraron hacia él, como si alguien hubiera ampliado la fotografía familiar del álbum para instalarla entre los árboles. Por que el fuego fatuo que las animaba se reconcentró sobre sí mismo hasta desaparecer. Durante unos segundos los cinco fueron como botellas vacías que comenzaron a rellenarse de sustancia sólida, carne, carroña, o cualquier otro engrudo maléfico, hasta recuperar las formas de la fotografía.

Para entonces, el viajero había renunciado definitivamente a su juicio.

Todas le sonreían cuando avanzaron hacia la cabaña, a paso lento.

Cantó el búho al instalarse sobre el hombro del padre.

Nadie respondió a los aullidos del viajero cuando traspasaron la puerta de la cabaña, ni cuando ascendieron la escalera, ni cuando le subyugaron sobre la cama, sonrientes, en silencio.

Cerró los ojos.

Nadie dijo nada.